

Música, improvisación y democracia

Music, improvisation and democracy

Daniel García Diego

Pianista y compositor

Fecha de recepción: 10 de octubre de 2015

Fecha de aceptación definitiva: 30 de octubre de 2015

La verdad es que de las dos partes que componen este acto: una conferencia y un concierto, he de decir que lo mío es la segunda parte, el concierto. Me cuesta menos hablar a través de esa cosa grande y negra de ahí que a través de las palabras. Y cuando digo «hablar», lo digo consciente de que es una palabra que sólo se aplica al lenguaje.

Pero, ¿acaso la música y el lenguaje hablado no sirven a los mismos propósitos? Las dos son formas de expresión que pueden usarse para comunicarse con los demás. Se pueden escribir, y por lo tanto también leer. Las dos pueden hacerte reír o llorar, pensar, dudar o recordar...

Puedes dirigirte a una o varias personas. Incluso puedes hablar contigo mismo. Y ambas pueden emocionar. De hecho, en algunos casos la música puede ser mejor que la palabra, porque no es necesario entenderla para que sea efectiva. Esto es una gran ventaja.

Voy a hablaros durante unos pocos minutos sobre algunos aspectos que me parecen interesantes acerca de la música y la improvisación en relación con la política y la democracia. Esto no pretende ser un discurso formal ni una solemne conferencia,

entre otras cosas porque no estoy preparado para afrontar tal desafío. Tan solo será una breve y distendida exposición de algunas ideas que me han ido surgiendo gracias al contacto diario con la música, siendo ésta mi pasión y modo de vida; y con la política, vivida desde la perspectiva de un ciudadano de a pie.

La música es ciertamente algo muy especial. Por un lado, no tiene por qué tener otro significado más allá de la propia música. Puede ser absolutamente autorreferencial, una expresión de sí misma, sin mayor aspiración que la propia belleza musical. Pero por otro lado, o quizás al mismo tiempo, la música adquiere significados extramusicales en diferentes contextos, dependiendo de cómo la audiencia la recibe, de la intención del músico al producirla, del momento o lugar en que se produce y, en general, de cualquier tipo de intervención o contexto que otorgue al momento musical un contenido social que exceda a la propia música. De esta manera, podemos decir que el sonido puede existir tanto en sí mismo como ligado a un contexto. Esta propiedad de la música puede crear algunas curiosas paradojas. Por ejemplo: todos sabemos que el blues es una música muy ligada a un momento y lugar concreto de la historia, ya que fue creado a mediados del siglo XIX por los esclavos negros de los Estados Unidos, que lo cantaban en las plantaciones de algodón o caña de azúcar durante los largos días de trabajo. Seguramente les servía para paliar el sufrimiento, como vehículo de expresión de su situación concreta. Así, podemos decir que el blues es una música nacida del dolor y la injusticia. Y es aquí donde aparece la paradoja: si un miembro del Ku Klux Klan canta un blues, ¿sigue siendo un blues? Esta pregunta pone de manifiesto el significado de la música en relación al contexto sociopolítico en el que ésta se produce. Cuando las melodías, acordes y ritmos concretos están presentes pero el contexto social en el cual la música se produce contradice, distorsiona o viola las condiciones sociomusicales de un género concreto, ¿qué se produce? De hecho, podemos hacer comparaciones similares, quizás no tan extremas, como por ejemplo flamenco cantado por japoneses, un racista cantando hip hop, un judío cantando en una ópera de Wagner, un sueco cantando una canción aborigen australiana, o incluso comparaciones con un cierto toque de humor. ¿Alguien puede imaginarse a Esperanza Aguirre cantando una canción de Víctor Jara?, ¿o a Pablo Iglesias cantando una de Bertín Osborne?... Lo que quiero poner de manifiesto es esta dicotomía consustancial a la música que la hace única. Mientras que ningún sonido es necesariamente neutro, ningún sonido puede ser a su vez reducido a un significado social concreto. El escritor holandés Harry Mullisch decía: «Al igual que las matemáticas, la música sólo puede tener un significado en su aplicación concreta: a través de la conjunción con palabras o imágenes, o en el contexto de una ópera, por ejemplo. Pero sólo tiene significado político a través del momento concreto de la interpretación». Quizás sea una visión muy reduccionista la de Mullisch, pero vale la pena tenerla en cuenta.

Lo que sí podemos decir sin miedo a equivocarnos es que en ciertos casos, desde la esclavitud americana hasta las protestas estudiantiles de los años sesenta en

Europa, la guerra de Vietnam, la lucha por la igualdad de las mujeres, los inmigrantes, etc., en todos estos casos y muchos otros, los contextos políticos y culturales son inseparables de la música que fue creada en esos momentos. Pero hay más: la música jugó un papel ciertamente importante de propagación ideológica y ética. Millones de personas escuchaban a sus ídolos cantar las injusticias contra las que los activistas luchaban, convirtiéndose la música en un arma de propagación de increíble potencia, hasta el punto de que cabría preguntarse si ciertos cambios sociopolíticos acaecidos sobre todo en el siglo XX habrían tenido lugar tal y como los conocemos de no ser por la música que sirvió de altavoz para que el mensaje llegara a las masas.

Todo esto es muy bonito, pero ¿qué tienen que ver la improvisación y el jazz con la política? Empecemos por el principio, lo que, en este caso, quiere decir que empezamos mal. En el *Diccionario de la Real Academia* sólo aparece una acepción bajo el término improvisar: «Hacer algo de pronto, sin estudio ni preparación». Punto. No podría estar más en desacuerdo. Y esto me lleva a pensar en que si un grupo de inteligentes y doctos académicos de la lengua piensan que improvisar es, tan solo, hacer algo de pronto, sin estudio ni preparación, es probable que la mayor parte de la gente piense lo mismo. Esto es bastante preocupante, porque querría decir que la inmensa mayoría de hispanohablantes, a la hora de escuchar jazz o cualquier otra música improvisada, lo que estarían pensando es que es música para la que no hace falta estudio ni preparación, fácil o engañosa y, por lo tanto, que los músicos de jazz son, en el mejor de los casos, unos impostores. Querría decir que la mayor parte de vosotros pensáis que yo soy un impostor en tanto que soy músico de jazz, así que me permitiréis que me defienda de tal acusación.

Para ello, me gustaría redefinir el término improvisar de una manera muy sencilla, pero creo que más precisa: «Hacer algo que uno no ha hecho antes en el mismo instante en que se piensa». Esta definición puede parecer extraña. Uno podría pensar que está improvisando, por ejemplo, mientras monta en bici bajo ciertas circunstancias: si la bici es prestada y la ruta es desconocida para el ciclista, se cumplen las condiciones para encajar en mi definición de improvisar. Nunca he montado en esta bici concreta por este camino concreto hasta ahora mismo. Bien, pues yo digo que improvisar es exactamente eso. Claro que alguno podría pensar que esta persona ya sabía montar en bici antes y por lo tanto no está improvisando. He aquí el quid de la cuestión. Para cualquier actividad que realizamos, nos servimos de nuestra particular reserva de recuerdos, experiencias y aprendizajes que, sumados a nuestras propias facultades naturales, dan como resultado una acción determinada. Bajo estos criterios, podríamos decir que la vida es en sí misma una improvisación constante, ya que cada momento y circunstancia es único e irrepetible y nos obliga a tomar decisiones a medida. Pues yo digo que sí. Que así es. Nuestro bagaje nos sirve para tomar todas nuestras decisiones a diario, desde comprar Colacao en lugar de Nesquick en el supermercado hasta pedir un café en un bar o mirar a los lados antes de cruzar una calle. Ahora bien, y volviendo

a nuestro ciclista: si nunca hubiera montado en bici, no podría dar ni dos pedaladas. Si es un principiante, podrá ir con cuidado, a poca velocidad y con mucho riesgo de estamparse contra un árbol, pero si sigue montando y practica durante años, podrá ir como un loco por cualquier terreno bajo cualquier circunstancia, sin miedo a chocarse y ofreciendo un gran espectáculo. La música no es diferente. Así pues, el estudio y la preparación son fundamentales para poder improvisar, aunque esta preparación no tiene por qué ser en absoluto formal, ni siquiera producirse de una manera consciente, sino que puede resultar de la propia experiencia acumulada con el paso del tiempo. ¿Qué es una conversación entre dos desconocidos sino una maravillosa improvisación? Tomen nota, señores académicos...

El hecho musical, y cómo éste se produce en sus diferentes formas, hace que resulte muy interesante establecer paralelismos con los diferentes sistemas de gobierno. Por ejemplo, pongamos el caso de una orquesta sinfónica. En esta orquesta, cada músico tiene que tocar una partitura determinada. Por lo tanto, cada uno sabe qué es lo que van a tocar tanto él como sus compañeros. Pero, además, una orquesta tiene un líder muy poderoso, el director de orquesta, quien impone su criterio musical sobre todos los componentes de su agrupación, de manera que cada individuo se ve obligado a inhibir su propia visión, su propia voluntad musical, en aras de un objetivo común. Los mejores directores suelen ser los que más poder de persuasión tienen, los que son capaces de convencer al resto de que sus ideas merecen la pena. Es interesante observar cómo este tipo de organización se asemeja a los sistemas totalitarios, aunque esta característica no se da únicamente en las orquestas o en la música clásica. También se dan situaciones de este tipo en la música moderna. Un ejemplo claro es el documental *This is it* que se hizo al poco de morir Michael Jackson, en donde se puede ver cómo, durante los ensayos del concierto que tristemente nunca llegó a producirse, el bueno de Michael ordena y manda con absoluta autoridad a todos los músicos de su banda sin recibir de ellos ningún tipo de opinión contraria a la suya. Este tipo de contextos en donde un gran líder toma el control de la situación musical muchas veces dan lugar a música que es ampliamente reconocida como excelente y de gran calidad, y que seguramente no habría sido posible sin ese liderazgo casi dictatorial. Está claro que son sistemas prácticos, que sirven a un propósito muy concreto, de la misma manera que los regímenes totalitarios sirven al propósito de mantener el mayor orden posible dentro de una sociedad, a costa de la libertad de cada individuo que la compone. Y he aquí la palabra clave: libertad. Estas formaciones musicales están compuestas por personas, cada una de ellas con sus propios criterios musicales, anhelos, inquietudes, con su propia curiosidad y su propia opinión acerca de las cosas. Así, cabría preguntarse cuál es el grado de compromiso de cada uno de los integrantes de estas agrupaciones. ¿Hasta qué punto se sienten realizados musicalmente? ¿Cuál es su grado de frustración? ¿Hasta qué punto son musicalmente felices, si es que algo así puede existir?

Aquí es donde el jazz y la música improvisada adquieren un papel relevante. En este tipo de música, el grado de libertad del intérprete es mucho mayor. La propia música está construida para dejar amplios espacios de libertad al músico, de manera que éste puede expresarse como individuo de una manera mucho más profunda que tocando en una orquesta sinfónica o perteneciendo a la banda de Michael Jackson. Hay más libertad por dos razones fundamentales: la primera es que gran parte de la música no está escrita, por lo que el músico se la tiene que inventar sobre la marcha. Así de simple. La segunda razón nace de la primera: el hecho de que el músico se tenga que inventar gran parte de la música en tiempo real implica, por definición, la ausencia de una figura autoritaria que le diga cómo o qué tiene que tocar, ya que nadie sabe cuál va a ser el resultado de esa interpretación. Esto no quiere decir que en las bandas de jazz no haya líderes. Claro que los hay, y muy fuertes. Son los que deciden qué temas tocar y con qué músicos tocarlos. Y, si las improvisaciones de uno de ellos no les gustan, son los que despiden a ese músico para llamar a otro. Pero justo antes de ser despedido, ese pobre músico habrá disfrutado de su pequeño momento de libertad mientras tocaba, y nada ni nadie en el mundo podría haberlo impedido.

Esta explicación vale como primera aproximación, pero, como casi todo en la vida, las cosas no son negras o blancas. A la pregunta: ¿un músico de jazz es total y absolutamente libre cuando está improvisando?, la respuesta es sí, pero con matices. Y los matices no son ni más ni menos que los otros músicos con los que toca. Aquí aparece otra palabra muy importante: tolerancia. En el jazz es de vital importancia escucharse los unos a los otros. Pero no solo eso, igualmente importante es reaccionar a lo que los otros tengan que decir. Pongamos el ejemplo del concierto de hoy, un trío. Tres músicos queriendo expresarse al mismo tiempo. Si cada uno de nosotros lo hiciera sin tener en cuenta lo que los otros están diciendo, el resultado sería bastante desastroso y carecería de todo interés musical. Por lo tanto, en una banda de jazz se establece una red de comunicación entre todos sus componentes a través de la cual cada músico produce estímulos y reacciona a los de sus compañeros a la vez y en cada momento, creando un todo más grande que la suma de los componentes. Podríamos decir que una banda de jazz es como un minipaís, el país del jazz, con un sistema sociopolítico en el que cada individuo puede y debe expresarse libremente, pero en el que a su vez necesita del resto de individuos igualmente libres que él para lograr que el mundo en el que vive sea el mejor posible. En este país ideal no caben los individuos egoístas o avariciosos, ya que el daño que éstos provocarían afectaría a todos por igual, independientemente de si el egoísta ha sido uno u otro. Así, el nivel de bienestar de cada habitante es directamente proporcional a su grado de tolerancia. Yo creo que éste sería el país perfecto para enviar al exilio a los corruptos. ¿Alguno se imagina a Bárcenas o Pujol tirando piedras contra su propio tejado? Yo les obligaría a estudiar jazz como método de reinserción.

Bromas aparte, y para terminar. Es probable que estas y otras analogías no sean más que un simple divertimento para músicos con demasiado tiempo libre. Resulta difícil vislumbrar cuál puede ser la aplicación práctica de todo esto. ¿Qué podrían aprender de nuestro diminuto país del jazz, y, en general, de la música, las grandes y complicadas democracias de hoy? Vivimos en un mundo difícil y repleto de injusticias. Estamos rodeados de tantas distracciones que apenas tenemos tiempo para pensar. Por otro lado, la música se ha banalizado tanto que ha dejado de tener importancia para la sociedad hasta convertirse en un mero ruido de fondo. Y, sin embargo, sigo creyendo que la música es un increíble vehículo de expresión de lo mejor del ser humano. Para mí, el más increíble de todos. Tan sólo hay que saber escuchar, porque cualquier cosa, hasta la más pequeña, puede convertirse en el germen de algo mucho más grande. ¿Acaso sabía Alexander Fleming cuántos millones de vidas iba a salvar gracias a la penicilina cuando se olvidó las placas de cultivo en el laboratorio?

¿Acaso Rosa Parks era consciente cuando se negó a sentarse en la parte de atrás del autobús de que ese simple acto se convertiría en la chispa que generó el movimiento por los derechos civiles en los EE. UU.? ¿Quién sabe lo que se puede lograr gracias a la música? Seguramente tan sólo haga falta que llegue a los oídos adecuados. Al fin y al cabo, si la vida es una improvisación, todo puede pasar.